



XVI

La crítica en la historia.—Taine.—Evolución del pensamiento de Taine.—El hecho menudo.—Impresión del desastre.—Concepto de la naturaleza humana.—Contra viento y marea.—Los "Orígenes".—Las inexactitudes de Taine.—Qué importancia pueden tener.—Taine contra Rousseau.—Sobre la religión.—La impopularidad.

EN *La Transición* queda reseñado el sistema crítico de Hipólito Taine, y parte de su labor, la primer etapa de su carrera. Hoy consideraremos á Taine después del «año terrible».

Bajo la imborrable impresión de la catástrofe nacional, fué Taine inducido á entrar definitivamente en el campo de la crítica histórica, para preguntarse á sí mismo y tratar de explicar á Francia si el camino que había seguido desde los días trágicos de la Revolución no la condujo, por sus pasos contados, al Desastre. Taine se vió compelido á estudiar el desarrollo de la Revolución y á deducir conse-

cuencias. De ahí procedieron los *Orígenes de la Francia contemporánea*.

No ignoramos que Taine empezó su carrera cuando, habiendo hecho crisis el romanticismo lírico, en todo, hasta en las obras de imaginación, se iniciaba la tendencia científica, y en que la juventud, en vez de hacer versos, estudiaba afanosamente. La mocedad estudiosa de Taine hizo de él (que en otros días acaso hubiese sido un imaginativo) un crítico, y su crítica la aplicó, sucesivamente, á la historia de las letras y del arte; pero, hasta 1870, no pensó en la sociología, ni en la historia propiamente dicha.

Apasionábale el conocimiento de lo que antes se llamó «el corazón humano»; el hombre le importaba más que la naturaleza en que se mueve. Al pronto, Taine es un discípulo de Hegel; pero la índole de su imaginación, plástica, de artista realista, le conduce á analizar preferentemente los actos y sentimientos humanos. Aunque amigo de las vastas generalizaciones y deseoso de unidad, de apreciar conjuntos, y Taine quiere partir de los elementos diversos y significativos que, agrupados, inducen á generalizar; y observo esta manera de ser de Taine, porque es la misma de los novelistas que, deseando abarcar en su totalidad una época, y tal vez, al través de la época, á gran parte de la humanidad civilizada, realizaron la empresa, acumulando documentillos y rasgos individuales, de esos que los Goncourt declararon indispensables para historiar, afirmando que no hay medio de saber lo que fué determinado perío-

do, si de él no tenemos, no ya noticias escritas, sino reliquias, objetos que podamos manejar, ver con nuestros ojos, apreciar mediante los sentidos. Las dos formas épicas, la novela y la historia, se aproximan de tal suerte, que parecen fundirse. Claro que no es la novela á estilo de Alejandro Dumas. Al contrario: esta aproximación, que impone á la historia un fuerte contingente de sociología y de arte, obliga á la novela á observación y exactitud.

En la historia—tal cual la comprende Taine—pasa á segundo término la investigación según antes se practicaba, y descuella lo que puede llamarse sin perfrasis «la curiosidad». Taine la recomienda expresamente; cualquiera comprende de qué género de curiosidad se trata. Trátase de la indagación de menudencias y hasta de anécdotas, y aun de la chisografía, siempre que sea todo ello expresivo, chispa de luz, tejido visto al microscopio, donde se descubre lo íntimo de los organismos. Si el hecho recogido es baladí, su sentido no lo es. En la vida diaria, todos procedemos como Taine, y de las pequeñeces deducimos cosas serias.

Naturalmente, al proceder así, Taine es un realista, y no lo oculta; los maestros de este filósofo y de este historiador son dos novelistas: Stendhal y Balzac.

Semejante concepto de la historia, que la identifica, no con la novela de invención, sino con la de observación, lo expresa admirablemente Taine en su crítica de *La revolución de Ingla-*

rra, de Guizot. «Guizot—dice—olvida que los grandes sucesos no son los actos externos del hombre, sino los movimientos interiores de su alma, y que no basta ser sólido y grave, pues habiendo en la historia aventuras bufonescas, sucesos de cocina, escenas de carnicería y manicomio, comedias, frases, odas, dramas, tragedias, es preciso que el historiador sea por turno ingenioso, sublime, trivial y terrible. Así, Guizot, al carecer de simpatía y de curiosidad, disminuye la historia, y suprimiendo el juego de las pasiones, disminuye su talento.» Aunque en el mismo artículo Taine canta la palinodia y sirve, no una dedada, sino una copa de miel á Guizot; aunque afirma cortesmente lo contrario—su verdadero parecer lo expresa ese párrafo elocuente.

Un historiador de épocas antiguas puede, si tiene instinto artístico, don de crear vida, reconstruir el pasado por medio de esos hechos «crudos» y menudos que cabe extraer de lo documental y de lo arqueológico. La tarea será más llana, sin embargo, para los de épocas recientes. Los Goncourt, que escribieron la historia por medio del «bibelot», encontraron los millares de datos pequeños, que necesitaban, muy fácilmente. Ya veremos cómo y por qué Taine, á pesar de ser el teórico de este sistema, no dispuso de suficientes materiales.

La filosofía de Taine, que es la abstracción, para encontrar la ley general por medio de los hechos, le encamina á la demostración de lo absoluto por cima de lo relativo y contingente,

á fin de llegar á «la fórmula creadora, cuyo eco prolongado compone, por sus ondulaciones inagotables, la intensidad del universo». Bajo estas palabras, que parecen envolver únicamente una fórmula de filosofía natural, se esconde la profunda aspiración de todo pensador, la obsesión que no evitan ni los más incrédulos: la presencia divina en la creación, el concepto de un Dios. Aunque Taine no llegó á proclamar este concepto de un modo terminante, la inquietud del problema no se apartó de él.

Para comprender mejor el efecto que en el espíritu de Taine produjo el «año terrible», hay que recordar cuáles eran sus convicciones en antropología y psicología. Las más opuestas á las de Juan Jacobo Rousseau, en cuyo *Contrato social* halló, al escribir los *Orígenes*, la raíz del sectarismo y de las atrocidades revolucionarias. Para Rousseau, el hombre es naturalmente bueno, y la sociedad, ó mejor dicho su organización, le pervierte. Para Taine, el hombre, en lo profundo de su sér, conserva no poco del «gorila feroz y lúbrico» en el cual su darvinismo reconocía á un probable ascendiente. De cierto, y dejando á un lado la hipótesis del gorila, pues no hay cosa menos demostrada científicamente que este eslabonamiento del mono antropomorfo con el hombre, el hombre, por buena parte de sus instintos primordiales, no sólo está al nivel del gorila, sino de otras alimañas más fieras. Taine tenía, en este respecto, razón contra Rousseau, y, reconociendo el inmenso vigor del instinto, tan fácilmente manifestado en la

violencia de la pasión, el cuadro de la guerra y de la anarquía civil, que rompen las vallas de la sociedad y de la ley, debió de ahincar en su mente la idea de la originaria maldad humana—del «pecado original» para hablar en el lenguaje de la Iglesia...

Uno de los críticos de Taine asegura que desde La Rochefoucauld, no hubo filósofo menos convencido que Taine de la bondad de la naturaleza humana. Y todavía el brillante duque, que tan de cerca había visto la sociedad de su época, era más indulgente con el hombre. Hay que notar esta sinceridad de la convicción psicológica de Taine, porque explica perfectamente la evolución de sus opiniones políticas. Y hay que añadir que, de todos los estudios á que puede consagrarse el entendimiento, ninguno revela lo verdadero de la condición humana como la historia—no la historia oficial, sino la de los hechos: la de Suetonio, la de Saint Simón.

Para comprender mejor el efecto que en Taine produjo la ruina de Francia, adviértase que era, lo mismo que Renan, un germanófilo, y sus admiraciones, su culto de discípulo ferviente, se consagraban á los maestros alemanes. Alemania le parecía su segunda patria; como Renan, la consideraba el pueblo modelo, y á Benito de Espinosa y á Hegel los veneraba, calificando á éste de «el mayor pensador del siglo». Muy poco antes de la guerra, en Junio de 1870, hizo un viaje á Alemania para «ver cosas vivas», pues pensaba escribir acerca de

los germanos algo semejante á su *Literatura inglesa*, de la cual se ha dicho con razón que, más que historia literaria, es estudio del carácter inglés, manifestado en el arte. Tuvo que regresar de Berlín precipitadamente, por una desgracia de familia. Días después sobrevino el conflicto franco-prusiano.

La impresión de Taine se explica perfectamente. Insisto en ello; lo único que puede extrañar es que hubiese quien se quedase tan fresco, siendo francés, después de 1871. Honra á Francia y á sus hijos eminentes este sentimiento de cólera y dolor, manifestado en una ó en otra forma, y á veces en forma involuntaria—no es el caso de Taine—lo mismo por los «impasibles» Flaubert y Gautier, que por el vidente Hugo; y lo incomprensible es la actitud de los que, como Renan, sólo vieron, en la catástrofe, algo que les quitaba su tranquilidad de sibaritas y de optimistas. Hay ocasiones y circunstancias en que, al compás de la inteligencia, tiene que funcionar el corazón.

En Taine sucedió así. Sus idealismos de sabio se rasgaron como un velo, y vió aspectos de la realidad que acaso, aun siendo adverso á la tesis de Rousseau, no sospechaba. La dureza y la avidez de los vencedores, la miseria de los vencidos, París bombardeado por alemanes y destruido y abrasado por franceses, la red de errores y de culpas que prepararon tan funesto final, todo exaltó, por medio de la comprensión, el sentimiento. El cuadro era doblemente impresionante para Taine, porque, pensador y

trabajador de gabinete, no había atendido mucho al mundo exterior, y pecaba de exceso de intelectualismo, á pesar de la plástica viveza de su estilo. Hombre de ideas (con toda su predilección hacia el hecho), ahora el hecho, no menudo ni anecdótico, sino enorme, brutal, aplastante, caía sobre él, como la maza de Hércules, y la más activa de las realidades, la patria, se le presentaba viviente, con relieve físico, y le movía á exclamar en su *Correspondencia*, cual pudiera decir de una mujer: «¡No sabía que la amaba tanto!»

Los hermanos Margueritte, novelistas que se inspiraron en esta época cruel, en una de sus novelas, muestran á Taine en Tours, auxiliando lo mejor que puede á Gambetta, al trabajo reorganizador. Con la pluma, su mejor arma, no cesa Taine de cooperar á la defensa nacional. Ante la Commune, exclama desesperado: «Se me ha muerto dentro del pecho el corazón». Cuando tales cosas suceden, hay derecho á revisar las opiniones políticas.

Cuanto más inteligente es un hombre, menos construye la política *a priori*. La experiencia es maestra en esto, sobre todo en esto.

Aunque Taine fuese en psicología el polo opuesto de Rousseau, quizás no sospechó, antes de la Commune, la monstruosidad del instinto desencadenado. Desde entonces pudo decir con firmeza que la sociedad es menos mala que el hombre, y es el único moderador de la barbarie natural. Así declaraba, después de la Commune, que no podía resignarse á ver

abolida, por la demencia de unos cuantos, la obra de cincuenta generaciones, el depósito de los antepasados, que debemos acrecentar para los descendientes; y que la sociedad, aun sin ser perfecta, representa infinidad de esfuerzos y de seculares sacrificios, y tampoco se puede echar, en un día, por la ventana. En virtud de la lección tremenda, Taine, que era demócrata, se hace conservador: las opiniones que profesó Renan por soberbia y contentamiento de sí mismo, por aspiración á la dictadura de la inteligencia, las adopta Taine, hombre modesto y retraído, por convencimiento honrado de que Francia necesita reconstituir el orden, fortificarse, rehacerse como nación. Más bien que doctrina política, es sentido social. Conviene advertir que Taine poco ó nada debía al régimen derrocado, el cual le había tratado como á elemento subversivo. Su famosa frase sobre el vicio y la virtud, productos naturales lo mismo que el azúcar y el vitriolo (lo único que mucha gente sabe de él), al ganarle aplausos entre los librepensadores y los materialistas baratos, le enajenó la simpatía de los jefes. Y ahora, caído el Imperio, proclamada la República, va á perder su popularidad escribiendo los *Orígenes*, contra todo el giro de la historia de Francia, desde 1793.

Por un impulso irresistible, al presenciar la invasión, las convulsiones de la anarquía organizada y en el poder, la amputación del territorio, se vió inducido Taine á elevarse (como se había elevado en su sistema filosófico), hasta la

noción de *causa*, y preguntarse por qué, después de tanta prueba y ensayo de diferentes formas de gobierno, cada día la nación decae, hasta hundirse sus últimos prestigios en el abismo de Sedan y en el brasero de la Commune. De esta angustiosa pregunta, á indagar los motivos por medio de la historia, hay un paso, y el espíritu analítico y crítico de Taine lo franqueó inmediatamente.

Nótese que, á pesar del florecimiento de las letras durante el siglo, no hubo pléyade de historiadores sino en el período romántico. Los que siguen escribiendo, durante el período de transición, proceden de ese grupo—como Michelet—. Hasta la época naturalista no se verifica la transformación del procedimiento histórico, con algunas obras de Renan, y, sobre todo, con los *Orígenes*.

Esta obra, que ha sido furiosamente atacada, y no sin motivo en algunos respectos, no por eso deja de ser en su género única. Está llena de vida, de ardor, de convencimiento, de ideas nuevas y originales, y rebosa patriotismo, no al modo que lo practica un Víctor Hugo ó un Dérouléde, sino de otro más eficaz: el que estudia el daño porque anhela el remedio.

Dice su biógrafo intelectual, Laborde Milaa: «Taine vió que el medio de concurrir á la regeneración de Francia era consagrar á un estudio del *caso francés* lo que le restaba de vida. Francia sufría; sufría desde muy atrás; y si se compara su tranquilidad y su vigor y cohesión, en los siglos que precedieron

al XIX, era de suponer que el mal arrancaba de la tumultuosa época de 1789 á 1804, en que se habían probado todas las formas de gobierno y vivido en quince años la historia de muchos pueblos. El mal se había insinuado en el organismo, ocasionando la inestabilidad y las revueltas como consecuencia. Y este mal, ¿cuál era? ¿De qué procedía? ¿Cómo curarlo? Gran problema, y sobre todo, problema científico...»

Para estudiar el «caso francés», Taine decide renunciar á cuantas labores algo extensas proyectaba, y poner mano á una trilogía, los *Orígenes de la Francia contemporánea*, estudiando el antiguo régimen, la Revolución, el nuevo régimen. Las dos primeras partes, pudo terminarlas; de la tercera, interrumpida por la muerte, queda un fragmento, *Napoleón*.

Empiezo por hacerme cargo de las censuras, en extremo severas y todavía no interrumpidas, que llovieron sobre Taine cuando se conoció el alcance y propósito de su obra; y no sólo recayó la desaprobación sobre ésta, sino sobre el conjunto de la labor. La crítica de Taine va contra las corrientes que siguen siendo dominantes en Francia, que no han cambiado de dirección á pesar de 1870; y el que tanto proclamó la fuerza del «medio ambiente», es víctima del medio ambiente social y político, y sufre la severidad y aun el desdén del público. Nadie sabe cuánto influye, para la fama póstuma de un escritor, el haber abundado en el sentido de sus contemporáneos. Al que no acepte los errores comunes, ó se le martiriza, ó se le olvida, ó

ambas cosas á la vez. Y si esto pudiese hacerse con Taine, se hubiese hecho; no quedó por intentarlo; pero hay estaturas que se ven por encima de las cabezas de la muchedumbre, y Taine, á pesar de todo, es un señor á quien no cabe escamotear. Todas las impugnaciones y refutaciones de los *Orígenes* no han echado abajo lo que en esa obra vale más: lo original, la invención de Taine.

Explicaré la palabra *invención*. El cargo más justo que se ha dirigido á Taine es el de la inexactitud. Se pudo decir de él, sin mentir, que no hay otro historiador más inexacto. El profesor Aulard consagró un volumen, fruto de indagación nutrida y ceñida, á coger todos los puntos que se le soltaron á Taine; y sin género de duda consiguió probar que los *Orígenes* están muy equivocadamente documentados. Varios años seguidos, en curso público de la Sorbona, realizó esta demostración el censor, declarando que no le guía la pasión política—y también que la gran gloria de Taine está en los *Orígenes*, cabalmente.

Causa al pronto extrañeza que Taine haya edificado sin erudición suficiente y hasta con erudición frágil; sin embargo, las circunstancias lo explican. Cuando un móvil, no sólo explicable, sino loable y generoso, le hizo concebir el plan de los *Orígenes*, Taine pasaba de los cuarenta, y no había trabajado en archivos, sobre documentos y manuscritos, jamás. Sólo en acopiar los materiales de su obra tenía que gastar la vida entera. Aulard lo confirma muy

minuciosamente: Taine empieza á leer para los *Orígenes* en 1871, y en 1873 escribe á Guizot que ha terminado sus lecturas; poco después comienza á redactar. Se ha documentado en dos años; y en 1875 publica *El antiguo régimen*. Es poco mascar el asunto, efectivamente, aun tratándose de Taine; y, según el método que á ella aplicó, la obra requería mucho estudio de papeles. Hasta aquí estoy conforme con todas las severidades.

Lo ocurrido á Taine confirma mi persuasión de que la labor de la historia, tal cual hoy se concibe, necesita dividirse en dos secciones: la de documentos y fuentes, que corresponde recoger y catalogar á los eruditos, y la de redacción y desarrollo filosófico, que pertenece al gran escritor. Los eruditos rara vez logran interesar; el gran escritor suele no tener tiempo de documentarse.

No es la historia una ciencia en la verdadera acepción de la palabra, y si no tuviese algo de arte, ó si se quiere de vida, que le comunica la persuasión y la emoción más ó menos oculta del gran escritor, nadie la leería seguramente. Sería materia de consulta, dormida en los archivos.

Por otra parte, hay etapas históricas en las cuales una ó dos generaciones penetradas de un sentimiento y habiendo formado un juicio bastante general (unánime no pudiera ser) acerca de importantísimos acontecimientos casi recientes, flotando en el aire, digámoslo así, ese sentimiento y ese juicio esperan al histo-

riador que los recoja y los condense en una obra de conjunto. Esto hizo Taine; á pesar de la novedad de sus puntos de vista en algunas cuestiones, los *Orígenes* condensan lo que disperso, por recuerdo ó por lectura, se sabía ya del antiguo régimen y del período revolucionario, y lo que empezaba á pensarse de Napoleón. Si en puntos concretos y en datos archivados y consultables es deficiente, y «se descalificaría» el alumno de la Sorbona que le citase como autoridad histórica, en esta concentración del juicio general histórico, la obra de Taine es de las que abren surco, como no lo hubiese abierto una fidelísima y puntual exposición de datos y noticias. Decía Renan—que á pesar de haber trabajado sobre temas muy antiguos y en que no existen documentos, en el sentido de los que se le exigen á Taine, cometió, sin embargo, más de una inexactitud—que á los documentos había que «solicitarlos»; es decir, interpretarlos y adaptarlos al gusto...

Si en las noticias de que se sirve Taine comete errores, su psicología histórica es certera, y es la misma que, sin definirla ni darle tal nombre, deducíamos de nuestras impresiones y lecturas los que pensábamos un poco en la evolución de Francia al través de tantas revoluciones (en las cuales ha venido, por desgracia, á ser especialista ese pueblo tan capaz de cordura, el más naturalmente equilibrado de los latinos). Se le ha imputado á Taine que su psicología es patología. La psicología colectiva en épocas revolucionarias, patológica es siem-

pre. Los modernos antropólogos de la escuela positivista han visto claro en esto.

Un cargo más fundado es el que se dirige á Taine, porque, en su historia, el individuo desaparece ante la colectividad; achaque también de los momentos revolucionarios. Las revoluciones se detienen y cuajan en el orden (en un orden nuevo, si no en retroceso al antiguo) cuando aparece el *individuo inesperado*. Todas las fases de la Revolución francesa preparan al dictador, á Napoleón. La fuerza individual no se presta á los sistemas; trae algo imprevisto, no sólo en el arte sino en la historia. Quitemos á Napoleón (que pudo no nacer, ó morir de chiquillo) y siendo el mismo el carácter de los pueblos y la influencia del medio, de la raza, etcétera—cambia todo el desarrollo histórico de Francia y de Europa.

Es el problema que surge de los *Orígenes*. La psicología de los pueblos, al explicarse por leyes naturales, pudiera desarrollarse en un sentido, pero no cambiar. ¿Por qué cambian los pueblos? ¿Por qué estos cambios son profundos? ¿Por qué la más estrecha conexión de caracteres, la identidad de raza y de ambiente, no producen la estabilidad psicológica? Lo físico varía menos; pero el rebelde espíritu no se deja someter. Así se pudo, con justicia, objetar á Taine que reduce á nada al individuo, á fuerza de no considerar sino los caracteres nacionales y las situaciones generales, y de hacer de la causa primera la primera de las causas segundas.

Esta idea anteindividualista de Taine, no ignoramos que la aplicó hasta al arte, el terreno donde la fuerza y vigor del individuo parece revelarse con mayor espontaneidad, al afirmarse que el artista va guiado por una voz secreta, intuición de lo que su época desea sin acertar á expresarlo. Bien pudiera decirse lo contrario á veces: el insigne artista influye adversamente al público—y con razón se le objetó que no siempre coincide la hora histórica con la hora estética, que los artistas no siempre representan el presente, sino que suelen ser la voz del pasado ó la del porvenir.

Expuso Taine en los *Orígenes* no pocas cosas que antes no se habían propalado en letras de molde, y que expuestas por un hombre de tan vigoroso pensamiento filosófico, un pensador á la moderna, con puesto alto y propio, causaron efecto mayor, envueltos en su estilo bruñido, brillante como coraza milanesa, y siempre hermoso, sugestivo y plástico. Su tesis regeneradora era sencilla; los pueblos no pueden, mediante un acto reflexivo y consciente, constituirse á sí propios (*el Contrato*, de Rousseau), y la forma social y política en que un pueblo ha de entrar y persistir, no es cosa arbitraria, sino determinada por su carácter y su pasado.

Cuando sobrevienen las revoluciones, el hombre revela el fondo que le supone Taine: la barbarie y la maldad natural del instinto. Sin duda pudo Taine tomar en cuenta un hecho universal, y es que la barbarie misma

tiende á organizarse socialmente, y una vez organizada, está reprimida en parte é en todo. El estado normal de ninguna agrupación humana permanece revolucionario; ese desate del instinto es de suyo breve. Pudiéramos decir, empleando el lindo lenguaje teológico de Renan, que la naturaleza no tarda en sentir el yugo de la gracia. La idea misantrópica de Taine es exacta: por naturaleza, por primer impulso, es fiera el hombre; pero algo hay en él que contraría y encauza ese instinto, y le impulsa á sujetarlo con la cadena de la organización social.

Empezó Taine su estudio exponiendo los errores del antiguo régimen, derroche insensato, torpe reparto de los honores, y desarrollo del espíritu clásico. A este espíritu clásico, á esta abstracta ideología, achaca Taine, en gran parte, la mala dirección de la revolución francesa, que se hizo desdeñando la realidad, sin tomar en cuenta los hechos—raciocinando, en vez de observar—. De aquí el loco empeño de borrar en pocos días las huellas tenacísimas del pasado y de la tradición; de aquí todos los sueños de la Enciclopedia: el filosofismo, las construcciones apriorísticas. Taine supone que la Revolución no fué sino una agravación del antiguo régimen, que consolidó la centralización política, administrativa, económica é intelectual, iniciada por la Monarquía. Al considerar esta doctrina de Taine, ocurre que, en efecto, Francia es el país más centralizado del mundo, y, sin embargo, rara vez, en los mo-

mentos críticos, respondieron las provincias al sentimiento de ese París, que para los extranjeros es toda Francia. Recuérdense los levantamientos del Oeste, la Vendea, y los frustrados esfuerzos de Gambetta para galvanizar á las provincias, para despertar en ellas la cólera de la resistencia al invasor, que en las tristes horas de 1870 y 1871 está circunscrita á París.

Los *Orígenes* es, ante todo, un libro descentralizador (como Séignobos, en su estudio sobre Taine, acertadamente observa). Es, además, un libro social, que condena la Revolución, y echa abajo, sino documentalmente, filosóficamente, su leyenda. Severo con los hechos y con los personajes, implacable con la soberanía del pueblo, ve en el período revolucionario un estado en que «millones de salvajes van lanzados por millares de charlatanes de café, y á la política de café responde la asonada callejera». Taine mismo resume en una carta su opinión; á un sólo principio se reduce la Revolución: al dogma de la soberanía del pueblo, entendida á la manera del *Contrato social*.

Y este dogma da por fruto una teoría esencialmente anárquica y despótica y un sistema semejante al de los mamelucos en Egipto. El germen morboso de este dogma determinó la fiebre, el delirio y las convulsiones revolucionarias. Hay que reformar todos los juicios que la imaginación, la sensibilidad y la simpatía forman de los hombres del 89 y del 90. Son como el ciego, que mete la mano en un agujero,

al margen de un río, y creyendo asir un pez, muestra triunfalmente una víbora. Y más adelante añade: «Desde 1808 hasta el día, lo que distingue á Francia de otras naciones es la persistencia, en su estructura política y social, de sus incesantes revoluciones y su fatal centralización».

De estas convicciones, fortalecidas experimentalmente por el hecho de ser Taine testigo ocular del desastre y de la anarquía, espontánea y organizada, se deriva su concepto sociológico. Toda nación necesita constitución. Sólo puede constituirse, si ha de durar, sobre el pasado histórico, sobre las tradiciones, que no son obra del acaso, pero que son lo inconsciente, más activo que lo consciente. Al mismo tiempo, una nación debe respetar las exigencias naturales de lo actual. Nada de constituciones ideales: la realidad. Hay que adaptar las democracias al marco del pasado, dándoles así garantía de solidez.

Con este modo de entender la sociología, parece sencillez, por no decir bobada, admirarse de que Taine, libre pensador, haya escrito este párrafo: «La religión es un poema metafísico acompañado de creencias. Por eso es eficaz y popular; excepto para una imperceptible minoría, la idea pura es palabra sin sentido, y para sentir la verdad hay que darle cuerpo. Se necesita culto, leyenda, ceremonias, que hablen al pueblo, á la mujer, al niño, al simple, al hombre metido en la vida práctica, y hasta al espíritu humano en general, cuyas

ideas involuntariamente se traducen en imágenes. Gracias á esta forma palpable, la creencia puede arrojar su peso enorme en la conciencia, contrapesar el natural egoísmo, contener el loco impulso de las brutales pasiones, llevar á la voluntad hacia la abnegación, arrancar al hombre á sí mismo para ponerle enteramente al servicio de la verdad ó al servicio de los demás, hacer ascetas y mártires, hermanas de la Caridad y misioneros. Así, en toda sociedad, la religión es, á la vez, un órgano natural y precioso. Se necesita para pensar en lo infinito y para vivir rectamente; y si de repente faltase, habría en el alma humana un gran vacío doloroso, y nos haríamos unos á otros mayor daño. Y, además, sería inútil querer arrancarla; las manos que la tocasen no se llevarían sino su envoltura; después de una sangrienta operación, renacería; su germen es tan hondo, que no cabe extirparlo».

Larga es la cita, pero me parece asaz interesante, tratándose de Taine, para mostrar el camino recorrido por su mentalidad desde «el azúcar y el vitriolo». Y también es útil, porque sugiere que este lenguaje sincero del *fiere Sicambre* de la intelectualidad (y no la inexactitud de un extracto ó de una noticia) fué lo que alborotó contra él á la opinión y determinó lo que Laborde Milaa llama «la fase crítica», en que por todos lados se le muerde y se le echa á pique. Confesiones como la antes transcrita; estudios como el de la patología del jacobino—comparado al cocodrilo del cual los

egipcios hicieron un dios, y que mostraban alzando un velo y cantando himnos en lo más recóndito del santuario—, tuvieron que costar muy caro á Taine; porque no ha cambiado Francia de orientación, aunque algunas señales puedan indicar este cambio. Cuando se publicaron los *Orígenes* era quizás el momento en que mejor se revelaba en su estructura política y social esa persistencia de la impronta revolucionaria que Taine señaló. Las revoluciones, en su período activo y desatado, influyen menos en la vida profunda de una nación que la estructura adquirida. Taine creía, además, que la cualidad dominante francesa, el clasicismo, había provocado esa formación difícil de corregir, y que imponía á Francia un carácter cuyas consecuencias la han puesto en muy graves compromisos, á pesar de tan magníficas cualidades y tanto lastre de fuerza social como hay en ese pueblo.

Y por eso, cuando se elevó á Taine una estatua en su pueblo natal, Vouziers, la ceremonia no tuvo más proporciones que las locales; y por eso fueron excluidas de las Bibliotecas oficiales sus obras. Recuérdense ciertas apoteosis, y dedúzcase qué ha de esperar quien pasa la mano á contrapelo á las mayorías.





EPILOGO

HE tratado de hacer ver el desarrollo de gérmenes morbosos en las letras francesas. Como quiera que estos gérmenes no se encierran sólo en la literatura, y la literatura se halla en íntimo contacto, en relación estrecha con la sociedad y con el proceso de la historia, cada vez se acentuará más el carácter morbozo, al precipitarse el desastre nacional y sus consecuencias.

Al recordarlo, he observado que esa nación, cabeza de los pueblos latinos, pudo acusar al régimen imperial, no sin fundamento, de su trágica desventura, y que la propia tragedia hizo patentes resistencias y energías, que no destellaron y resplandecieron suficientemente, envueltas en la enorme catástrofe. Y también creo que se deduce de mi texto que la catástrofe abrió surco en las almas, y no en las menos escogidas. Para un Renan que, en me-

dio de los horrores del sitio de París, de aquella defensa grandiosa de la ciudad bloqueada, entona himnos al vencedor germano — en la mayor parte de los grandes escritores se revela el sufrimiento y la mortificación del golpe, aunque se propongan no dejarlo ver, y hasta hacer obra «antipatriótica», como los medianistas. Es el patriotismo cosa tan natural y humana; surge de la realidad con tal vigor, que á veces, queriendo renegar de él, involuntariamente se afirma. No todos son patriotas al modo de un Deroulède; pero á su manera, y á veces, ignorándolo y hasta rehusándolo — todos son más ó menos patriotas.

Acaso, si Francia hubiese salido vencedora, si no hubiese sufrido la pateadura de la invasión y el suplicio de hoguera de la Commune, fuese muy distinto el proceso psíquico de muchos de los sumos artistas de su prosa y aun de su poesía.

En ellos—en bastantes para que deba ser tomado en cuenta—vemos alzarse protesta contra los tiempos, contra las nuevas instituciones,—lo que persistía responsable, una vez que el segundo Imperio naufragó entre el lodo de Sedán.

En otros, ya sin rebozo, se desborda la aspiración á formar patria, patria fuerte, defendida, segura. Un Taine se convierte á esta fe y sufre persecución por ella.

Las lesiones internas causadas por el desastre no contribuyen poco á la aparición de los desequilibrados, diletantes, escépticos, pesi-

mistas satíricos, melancólicos, devotos de la nada y de Satanás. Fuerzas perdidas, sin duda, para la obra de regeneración, ó, más bien, contrarias á ella, porque estos modos de ser, que no deben alarmar cuando se notan en algunas privilegiadas personalidades, inficionan el cuerpo de la sociedad si descienden á las muchedumbres y se infiltran en ellas, y son por ellas mal entendidos y torpemente imitados.

A un mismo tiempo avanza en Francia la decadencia, que pronto habré de reseñar, y la funesta división, esterilizadora de todo esfuerzo, regocijo de los que espían las convulsiones de un pueblo para, si tanto pueden, aniquilarlo. Los ultracivilizados franceses coadyuvan con celo á la obra de los que llamaron «bárbaros del Norte», como si se complaciesen en arrancar vendajes de las frescas heridas y dejar correr la sangre—la sangre del espíritu, tanto ó más necesaria que la de las venas—. A este penoso espectáculo asistiremos, y á compás de sus episodios veremos alzarse la negación de la nacionalidad. Y sólo las cualidades serias que entre la cizaña de las pasiones persisten siempre en Francia, podrán detenerla vacilante al borde del abismo.



ÍNDICE

Páginas.

- I. La nueva fase.—El segundo imperio.—
De la poesía lírica á la novela.—Di-
gresión y recuerdos personales.—El
fondo filosófico del naturalismo.—El
realismo difuso é inevitable.—Su in-
fecundidad como escuela.—Sirve de
puente á la doctrina naturalista..... 7
- II. La novela.—El realismo como escuela:
Champfleury, Duranty.—El natura-
lismo psicológico: *Fanny*, de Feydeau.
La sociedad y las letras.—Sainte
Beuve.—Flaubert: el hombre.—No
quiere ser jefe de escuela.—Una obra
maestra: *Madama Bovary*.—Su signi-
ficación.—La figura de Emma.—Ho-
mais.—El aspecto romántico de Flaub-
ert: *Salambó*.—Influencia de *Salambó*
más allá del naturalismo.—*La tenta-
ción de San Antonio*.—Su sentido.—El
pesimismo de Flaubert.—Inferioridad
de sus demás libros.—Imitadores pe-
ninsulares..... 29
- III. La novela.—Los Goncourt.—Incerteza

de la vocación.—La vida.—Obras en colaboración.—La lucha.—Muerte de Julio.—Edmundo solo.—La labor de Edmundo.—Significación de los hermanos.....	67
IV. La novela.—El naturalismo de escuela. Zola.—Los comienzos.—Los Rougon Macquart.—La ley de la herencia.—La serie de novelas.—Las primeras. El <i>Assommoir</i> : Zola <i>cerdo</i> .—El periodo militante de la escuela.—Cansancio del público.— <i>Germinal</i> .— <i>La Tierra</i> . Manifiesto de los cinco.—El ocaso.— <i>El desastre</i> .—El simbolismo.—La imaginación.—El fracaso del método....	95
V. La novela.—El naturalismo mitigado: Alfonso Daudet.—Carácter regional. El moralista.—El artista.—Daudet y la Academia.—El cenáculo romántico y las tertulias naturalistas.—Los esclavos.—Alcance de Daudet.—Su obra maestra.....	129
VI. El cuento.—Cuentistas románticos.—Renacimiento naturalista: caracteres propios del cuento; en qué se distingue de la novela.—El cuentista y el novelista.—Flaubert.—Daudet.— <i>Las celadas de Médan</i> .—El maestro de cuentistas: Maupassant: sus comienzos.—Por qué es un clásico más que un naturalista de escuela.—Género de vida.—La enfermedad de cuerpo y alma.—Locura y muerte.....	149
VII. La novela.—La resistencia romántica: Víctor Hugo y sus novelas de la segunda época.—Orígenes de <i>Los miserables</i> .—Afinidades con Sué.—Afini-	

dades de Tolstoy con los escritores franceses.—Resonancia de <i>Los miserables</i> .—Lo que debió Hugo á esta novela.—Ultimos tiempos de Hugo.—Ultimas novelas de Jorge Sand.....	171
VIII. La novela.—El precursor y maestro del neo-romanticismo: Barbey d'Aurevilly.—Primera época.—El culto de la aristocracia.—Tardanza de la reputación.—Temprana formación del tipo.—Juicios sobre Barbey.—Lo que trajo á las letras y á la sociedad.—Las influencias sociales.—El catolicismo de Barbey.—Su realismo.—Sanidad mental.....	189
IX. El teatro.—Influencia de la novela en el teatro.—Sardou: razones de su fortuna.—Aspiraciones del naturalismo.—Fracaso de los maestros de la novela naturalista en el teatro.—Oposición de la crítica seria.—Orígenes del teatro naturalista: la cervecería del <i>Gato negro</i> .—El <i>Teatro libre</i> .—Su significación.—Carácter de su repertorio.—El teatro <i>rocinesco</i> .—Enrique Becque.—Sentido de <i>La Parisiense</i> ..	209
X. La poesía.—Ultimo recurso del romanticismo: el intento épico.—Fin de Víctor Hugo.—Sus servicios al idioma.—Disolución del romanticismo por la poesía.—El Parnaso.—Precursores: Vigny, Gautier, Banville, Cautulo Méndez.....	235
XI. La poesía.—Leconte de Lisle.—Contrastes.—Triunfo de Leconte.—La disidencia.—Los animales.—Naturalismo.—Nihilismo.—Confesión.—El	

primer decadente: Baudelaire.—Su vida.—Orígenes de su poesía.—El catolicismo.—Gautier, España, Valdés Leal.—Temas de Baudelaire: el artificialismo.—Eterna inquietud.—Los gatos.—Estado mental de Baudelaire.—Razones de su influencia futura.....	261
XII. La crítica.—Difusión del género.—Escasez de verdaderos y grandes críticos.—Por qué hay que tomar en cuenta la labor crítica de Zola.—Calidad de ésta.—Aspecto científico de la transformación literaria.—Zola vulgarizador.—Las doctrinas de Claudio Bernard.—La teoría experimental.—Prudencia de Claudio Bernard.—La pretensión científica en el arte de Zola.—Errores críticos.—Razón de inferioridad.—Cómo ha de entenderse la muerte de la Escuela.....	293
XIII. La crítica.—Brunetière: su carácter.—La <i>bancarrota de la ciencia</i> .—Coincidencia de Zola y Brunetière en buscar la base científica.—El sistema evolutivo de Brunetière.—Cómo se resuelve en tradicionalismo estético.—Principios críticos de Brunetière.—Impugnación del naturalismo.—Transigencia.—La cuestión de la moral en el arte.—El individualismo.—Los intransigentes: Barbey d'Aurevilly.—Origen de su campaña contra la Escuela.....	311
XIV. La crítica.—El impresionismo.—Lemaître.—Su renacimiento.—Su atractivo.—Su sistema.—Su peculiar sensi-	

bilidad.—Exclusivismo en favor de los escritores contemporáneos.—Clasicismo.—El sueño neo-helénico.—Preferencia modernista.—El epicureísmo.—Los <i>monstruos divinos</i> .—Anatole France: semejanzas con Lemaître.—Subjetivismo.—Impugnación dogmatista de Brunetière.—Respuesta de France.....	337
XV. La crítica en la historia religiosa.—Ernesto Renan.—¿Es un literato?—Vocación.—Primeros años.—La duda.—Influencia alemana.—Episodio.—Salida de San Sulpicio.—Persistencia del carácter eclesiástico.—Viaje á Siria.—Muerte de la hermana.— <i>La Vida de Jesús</i> .—Ideas antidemocráticas.—El <i>superhombre</i> .— <i>El Omniarca</i> .—Epicureísmo.—De Voltaire á Renan.—El principio femenino.—Disolución de la mentalidad.....	359
XVI. La crítica en la historia.—Taine.—Evolución del pensamiento de Taine.—El hecho menudo.—Impresión del desastre.—Concepto de la naturaleza humana.—Contra viento y marea.— <i>Los Orígenes</i> .—Las inexactitudes de Taine.—Qué importancia pueden tener.—Taine contra Rousseau.—Sobre la religión.—La impopularidad.....	385
EpÍLOGO.....	407



